

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO EN EL FUNERAL DE MAMÁ (1 DE SEPTIEMBRE DE 2015)

Antes de terminar esta Eucaristía de entierro de nuestra madre, quisiera dirigiros unas palabras a todos los presentes. Unos habéis venido porque conocíais a nuestra Madre, la Sra. Pura, y otros por amistad con nosotros, sus hijos y nietos. A todos, gracias; aunque a los que no la habéis conocido os tengo que decir que os habéis perdido a una gran persona. Y no sólo porque lo digamos los hijos, sino porque así me lo demostrasteis ayer y así nos lo habéis manifestado muchos de los que habéis pasado por el tanatorio. Quizá os podamos ayudar ahora a conocer algo de la gran persona que nos ha dejado, y a nosotros que tuvimos la suerte de conocerla a alimentar su recuerdo.

Mamá, la Sra. Pura, era una mujer sencilla, trabajadora, sacrificada, generosa, desprendida, amable, bromista... Una mujer sabia no con la sabiduría de las ciencias y de las letras, sino con la sabiduría de la vida, una vida que le hizo madurar muy pronto a golpe de muertes: de su hermana tía Ascensión en su niñez, de su padre el Abuelo Anatolio en su juventud, de su hermano tío Mariano y de su madre la Abuela Guillerma en la primera etapa de su matrimonio, de su hijo nuestro hermano Javi en la madurez de su vida, de sus hermanos tío Ricardo y tía Juanita en los años difíciles del duelo por el hijo perdido, y de su Marido, Papá (Ángel), en el inicio del ocaso de su vida. Pero nuestra Madre, a pesar de tantas muertes, tenía vida para rato, y no sólo física. Y esa vida nos la transmitió al engendrarnos, y la alimentó con su cariño, dedicación y entrega ejemplar, por la que nunca le estaremos suficientemente agradecidos.

Cuántos de los que habéis pasado por su casa, nuestra casa, habéis experimentado su hospitalidad, y a duras penas habréis conseguido salir con el estómago vacío, con la generosidad y desprendimiento de la gente sencilla que da lo que tiene como expresión de la ofrenda cordial de la propia persona.

Pero si hay dos palabras que le identifican a esta mujer que hoy despedimos son MADRE y CREYENTE.

Como MADRE, su familia fue siempre el centro y principal preocupación de su vida, la fuente de sus alegrías y de sus penas. La suya de origen, primero, y la que supo formar y construir con nuestro padre en el amor y en la entrega. Un matrimonio que comenzó con ilusión en 1956, y del que fuimos brotando, como ramas de un recio tronco, sus siete hijos: Javi, Juani, Mari, Ángel, Juanjo, Maribel y Raúl. Así nos transmitió la gran riqueza, que no era el dinero siempre escaso, sino la alegría de la fraternidad, rica y variada, donde todos somos distintos pero todos podemos convivir y enriquecernos, y sentirnos plenamente hermanos. Y

aunque su dedicación y sacrificio se esforzó sobremanera por proporcionarnos los estudios que a ella no le fue posible realizar, su mayor empeño fue mantener y dejar una familia unida, como su muerte ha demostrado. Alrededor de ella estábamos todos, no sólo siendo testigos de su muerte, sino testimoniando el logro de la unidad de sus hijos. Ahora nos ha pasado a nosotros el testigo de ese empeño de unidad, que ella seguirá apoyando desde el cielo.

Las ramas de ese árbol siguieron creciendo, y con los gozosos injertos de los hijos políticos incorporados a la familia (Juan Diego, Monse, Javier, Fuen y Alfredo), brotaron nuevas y alegres ramas, los nietos: Laura, Javi, Carmen, Juan Ángel, Sara, Alberto, Arturo, Raquel y Elena. Todos ellos habéis tenido la suerte de conocerla y disfrutar de sus cuidados. Y le aportasteis la alegría y la ilusión para momentos complicados de su vida.

La otra palabra que identifica a nuestra Madre es CREYENTE. Fue una mujer profundamente creyente, como muchos curas que la conocieron pueden corroborar. Y su fe no fue fruto de mi vocación, más bien al contrario: la semilla de su fe sembrada en todos nosotros (y regada con la oración e insistencia de tía Juanita) ha ido dando fruto diverso en cada uno de nosotros, en mi caso el sacerdocio que hoy le agradezco.

Ella vivió una fe sencilla, quizá no excesivamente ilustrada, pero bien calada en la propia vida, como una segunda respiración que le ayudó en todo momento y sobre todo a no ahogarse en los duelos que le tocó afrontar y de los que salió gracias a la Fe en Dios. Esa fe que supo alimentar en los grupos de fraternidad de esta parroquia, donde su sencilla palabra no tenía el peso de los libros, sino de la vida. Ella es palabra viva de la utilidad de una fe, que no es conveniencia, pero que sirve para vivir con un sentido, incluso cuando las experiencias vitales parecen un sinsentido. Y en el sufrimiento de su vida la cruz de Cristo, y la Dolorosa de San Millán, le animaron a no detener el paso y avanzar con firmeza. Ella en todo momento creyó profundamente, y por eso ahora podemos nosotros confiar que esa fe es ahora la fuente de su esperanza ya colmada en Cristo.

Al final de su vida quizá fue perdiendo otras cualidades, nunca su simpatía, ni su fe, ni su afán de agrupar en torno a sí a su familia.

Por todo ello comprenderéis que nuestro principal agradecimiento se dirija a Dios, por habernos regalado a nuestra Madre. Y aunque conocer a personas como ella tiene el inconveniente de resultar difícil separarse de ellas, siempre seremos deudores de su vida y su amor. Gracias, Dios, por mamá, la Sra. Pura.

Gracias también a esa familia sacramental que es el presbiterio de Segovia, presente en gran número en esta celebración, y con la presencia en

la distancia de nuestro Obispo D. César. Gracias a todos por el sacerdocio de Cristo compartido en esta diócesis de Segovia.

Gracias a cada uno de mis hermanos, que habéis sabido sacrificaros para que los años de decadencia de mamá siguiese recibiendo la medicina de los cuidados y el cariño de todos, sin excepción.

Gracias a los nietos, que habéis podido y sabido devolver en esta última etapa los cuidados que en vuestros primeros años os brindó.

Gracias a esta parroquia de San Millán, donde nuestra madre alimentó su fe y supo encontrar unas amistades a las que consideraba "hermanas".

Gracias a las parroquias aquí representadas y que con vuestra presencia me devolvéis la esperanza con la que no sé si habré sabido acompañaros en mi ministerio a vuestro servicio: Pedraza y pueblos de la Sierra, Bernardos, Migueláñez, Miguel Ibáñez y Domingo García, y en la actualidad la Unidad Pastoral el Cristo - Sta. Teresa - Hontoria, cuyo coro nos ha ayudado tanto a rezar en esta celebración.

Gracias a todos los presentes, familiares y amigos, de nuestra madre o de cada uno de nosotros, porque vuestra presencia testimonia la multitud de vida sembrada por mi madre y hecha fructificar por Dios.

San Pedro resumió la vida de Jesucristo con unas palabras que, aunque salvando las distancias, quiero aplicar hoy a mi madre: Pasó por el mundo haciendo el bien. Gracias, Mamá por todo lo sembrado. No dejes que, con la ayuda de Dios, siga fructificando el amor y la vida en nuestra vida.